

obra crítica. Sabían —ya— lo que iban a ver. Empezó la representación..., y con ella una gran noche del teatro español, y en especial valenciano. El teatro tembló de principio a fin. Lo que Valle pretendía que fuese el teatro, por esta vez se había logrado: se sentía y vivía el temblor de una plaza de toros en lidia. Allí estaba la verdad de una España que siempre se esconde. Porque España no se reconoce en los escenarios..., lo que siempre se ve en las tablas son el sueño —los sueños— de un público sin movimiento.

Los actores, entregados espiritual y físicamente a su trabajo, vomitaban sangre de justicia en todo momento. No daban tregua. Mantuvieron una violencia insólita durante las dos horas que duró

tarlo... Por primera vez he visto cómo se representa un esperpento. Nunca lo había visto plenamente. En «Luces de Bohemia», sólo Agustín González llegó al esperpento. (Me dicen que Rodero también, pero yo no vi el Max de José M. Rodero.)

Al final, agotados todos: público y actores; nosotros aplaudimos —o quisimos aplaudir— con la misma violencia que ellos habían creado.

Al salir del teatro me sentía otro. Incluso me gustaba Valencia. Comprendí —después de un año— que en este «pueblo grande» también existe «gente de verdad». Gente que «lucha —trabaja— y se arriesga» por un algo suyo, un algo que les sale de la misma alma.

Luego pensaba en Recuerdo; este hombre que de toda su vida lucha por conseguir un teatro verdaderamente español, en lo satisfecho que se hubiese sentido de ver que su obra daba frutos... pero todavía puede ver tales frutos: la obra lleva tres semanas en cartel y —por lo que parece— va para largo. Sólo resta dar las gracias a este grupo de teatro y exigirles que sigan trabajando. Pueden hacerlo. Han demostrado que pueden. Pues, ahora, deben. Gracias. ■ ESTEBAN GRASET MARTÍ. Vilaseca (Tarragona).



el espectáculo. Y era una violencia española —identificable—, nacida del mismo suelo ibérico... No sé cómo con-

## LUCION"

a las correcciones hechas por su tío. Quizá no ha comprendido bien la trascendencia que para todo crítico y estudioso de Baroja poseen. Imaginemos que la novela se publicara sin ellas: el lector y la crítica juzgarían a Baroja por un texto que él ya había modificado. Una edición hecha sin tener en cuenta esas correcciones manuscritas caería —a mi juicio— de toda seriedad.

Lo que queda más claro de las declaraciones del señor Caro Baroja es que la novela se escribió «allá por 1946» y que todavía «el original terminado se encuentra en casa, en Itzea, en un cajón». Quizá «algún día» (sin con-

cretar más) lo publiquen, «y más ahora que hemos vuelto a revivir la editorial de nuestro padre Rafael Caro Raggio».

A don Pio Caro este hallazgo le parece historia «triste y muy española». Desde mi punto de vista, lo único triste es que la novela siga siendo tan conocida sólo para los familiares y amigos de don Pio y continúe reposando «en Itzea, en un cajón».

Lo que todos deseamos es que «Madrid en la revolución» («descubrimiento» o novela que «conocen muchísimas personas», como se prefiera) sea muy pronto editada con el rigor que un clásico como don Pio Baroja merece. ■ ANDRES AMOROS.

## CHUMY-CHUMEZ

